

Miniconferencia

Jesús de Nazaret visto a la luz de la ciencia

SOCIEDAD ARGENTINA DE ESCRITORES – FILIAL SAN FRANCISCO

En primer lugar, querría agradecer muy cordialmente por esta invitación a compartir con cada uno de ustedes unas brevísimas reflexiones sobre un tema poco conocido o difundido: la investigación científica sobre Jesús de Nazaret, una figura cuyo legado, con el paso del tiempo llegaría a convertirse casi en el ADN de la cultura de Occidente. En ese sentido, Antonio Piñero, un experto español agnóstico, sostiene que somos “culturalmente cristianos”.

Quizás a alguno le pueda sorprender que hablemos de Jesús de Nazaret en un centro cultural y en un encuentro de personas que aman la literatura, la escritura y que están familiarizados con las diversas técnicas y recursos de redacción, con los géneros literarios más variados o con los autores más conocidos. Probablemente porque estamos acostumbrados a escuchar su nombre en las homilías y casi exclusivamente en los templos y en ámbitos religiosos. En gran medida, para el imaginario colectivo, Jesucristo es patrimonio exclusivo de las Iglesias.

Pero en realidad, el nombre de Jesús de Nazaret resuena también en las aulas universitarias a través de los estudios de historiadores, exégetas, sociólogos, arqueólogos, filólogos y críticos literarios y textuales, por mencionar sólo algunas especialidades.

No podría explayarme aquí sobre la compleja y amplia metodología científica que se emplea, ni referirme al problema de las fuentes que sirven de base a la investigación. Baste sólo con mencionar que la investigación científica sobre la figura histórica de Jesús es un ámbito del saber que tiene ya un recorrido de algunos siglos. Se trata de un ámbito de investigación que se cultiva incluso en centros universitarios dependientes de Iglesias, tanto católicas como protestantes.

Tener poco tiempo de exposición me exige seleccionar sólo un par de puntos. El primero es una referencia a la naturaleza de los libros bíblicos. Durante siglos, la creencia en su inspiración los entendía prácticamente como dictados divinos, revelaciones inapelables y relatos de hechos verdaderamente ocurridos tal y como se narran. Pero uno de los aportes más importantes del estudio científico de los libros bíblicos es la consideración de la Biblia como literatura. Y también más específicamente, tomando prestados los adjetivos de *Córdoba de Antaño*: como literatura “antigua y religiosa”. En sus páginas encontramos contenidos de los más variables, expresados en modos y en géneros polícromos que ameritan siempre estudios interdisciplinarios. No faltan poesías ni relatos o elementos fantásticos. Pensemos en la imagen de un Moisés que extiende su cayado y se dividen las aguas para que pase una multitud de unos 2.000.000 de israelitas. No faltan representaciones antropomórficas de Dios que no rara vez obra de manera astuta, a veces arbitraria e incluso violenta. Los análisis de tramas de los diversos relatos bíblicos no faltan en los estudios de los especialistas, como así tampoco consideraciones acerca de estilos, retórica, intención y recursos literarios de los diversos escritores bíblicos que, a propósito, también ahora son vistos como verdaderos autores literarios y no como meros transcritores de un dictado divino. ¡Son tan autores que incluso podemos detectar inconsistencias gramaticales en la redacción de sus escritos cuando se las analiza en la lengua original en que fueron redactados!

El segundo punto tiene que ver el juicio acerca de la historicidad de lo relatado. Sabemos que hay una diferencia entre la realidad y el relato. Ello se aplica especialmente al campo de estudio sobre la figura histórica de Jesús. Ningún especialista serio -incluso agnóstico o ateo- duda de la existencia histórica de Jesús de Nazaret. Su persona no es una creación literaria o un nombre inventado. Pisó y caminó la tierra de Israel durante el imperio de Tiberio y ejecutado por el procurador romano Poncio Pilato. Pero su vida se relata en diversos textos, en los que sus autores recogen y reflejan un complejo proceso de interpretación, de actualización, de engrandecimiento e idealización, fruto de un polícromo proceso de elaboración teológica. Dicho de otro modo: hay una diferencia entre las imágenes de Jesús relatadas en los evangelios y la imagen que podemos reconstruir científicamente de la vida histórica de Jesús. Los evangelios que se leen en las iglesias no son crónicas históricas, sino documentos de fe. Contienen elementos

históricos, pero envueltos y entremezclados con la creación literario-teológica. Pongo una “parábola” literaria: podríamos decir que la fusión de los hechos reales y la ficción que encontramos en las páginas bíblicas es semejante a la que encontramos en la novela argentina más traducida de todos los tiempos, nacida de la pluma de Tomás Eloy Martínez.

¿Ejemplos?

- Sólo dos libros de los veintisiete del Nuevo Testamento afirman que Jesús nació en Belén. La investigación histórica mayoritaria, por el contrario, considera que es más probable que haya nacido en Nazaret y que se lo haya “hecho nacer en Belén” para enfatizar su condición mesiánica. Una ficción literaria al servicio de una convicción de fe. La letra de los relatos afirma que su concepción fue no sólo milagrosa -como la de otras figuras de la Biblia- sino además virginal. El historiador, en cambio, está atento a los paralelos literarios de esta misma idea, incluso en algunos textos judíos en relación con otras figuras. Sabe que en la literatura antigua, mientras más grande sea la figura que se quiere presentar, más extraordinario debe ser su nacimiento. La ficción y lo maravilloso sirven para engrandecer y destacar a la figura. ¿Y el pesebre? ¿Recurso literario o hecho histórico? Con lo dicho hasta ahora, ya se puede intuir la respuesta de los especialistas.
- Según los evangelios, Jesús supo y previó de antemano su pasión, muerte y resurrección. Todo estaba previsto en el plan divino. La ciencia histórica, cuando reconstruye críticamente su vida y las circunstancias de su muerte considera estas palabras de Jesús no como expresiones auténticas de sus convicciones, sino como ideas atribuidas a él. Convicciones posteriores de seguidores se retroproyectan al pasado y se terminan poniendo en su boca.
- El último ejemplo va más allá de las interpretaciones que encontramos en los evangelios y se refiere a la interpretación que se abriría paso en siglos posteriores. Para la convicción Occidental, Jesús se presentó como un innovador absoluto en relación con el judaísmo de su época y fue el iniciador de una nueva

religión y el fundador de una Iglesia con nuevos ritos. La ciencia histórica sabe que Jesús fue, vivió y murió siendo profundamente judío. Su mensaje y sus convicciones se entienden en el contexto de pluralismo de un judaísmo no monolítico del primer siglo. No quiso ni pretendió -ni siquiera se le cruzó históricamente por la cabeza- establecer una nueva religión o fundar una nueva iglesia que debería predicar su mensaje durante siglos.

La bibliografía científica que fundamenta estas afirmaciones se cuenta por toneladas. Puebla las bibliotecas de las universidades más prestigiosas del mundo, incluida aquella majestuosa del Pontificio Instituto Bíblico de Roma, donde me formé. Ello permite ver que la investigación científica sobre Jesús de Nazaret no es una cruzada racionalista contra la fe de nadie -como muchos sectores creen-, sino una imprescindible área del saber humano que hoy cuenta con herramientas otrora inimaginables para poder entender más y mejor la figura y los textos que quizás más han marcado nuestra cultura de Occidente.

Los eruditos e investigadores que cultivan, enseñan y difunden los resultados de estos estudios no son aquellos “desaforados gigantes”, contra quienes don Quijote quería “hacer batalla”, pensando que era “buena guerra” y un “gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.” (*El Ingenioso Hidalgo de Don Quijote de La Mancha*, c. VIII)

No, no son gigantes, don Quijote, sino simples, útiles molinos de viento, como dice su lúcido escudero Sancho Panza. ¡Y no se imagina, don Quijote, los inmensos beneficios que traen los molinos de viento en la historia de la humanidad! ¡Desde la molienda de granos, el bombeo del agua, la producción de papel en tiempos de la imprenta y la generación de electricidad en nuestros días!

¡Muchas gracias!

© Prof. Dr. Adrián Tarazono